

**COMENTARIO**  
**ACERCA DE LA HISTORIA DE LA ANTROPOLOGIA ARGENTINA:**  
**ALGUNAS PRECISIONES PARA COMPLETAR EL PANORAMA**

*por Luis Abel Orquera*

La Sociedad Argentina de Antropología me confirió el honor de pedirme que efectuara la presentación del tomo XXII-XXIII de *Relaciones*. En esa ocasión tuve el gusto de destacar, entre otras cosas, la calidad pareja y elevada de las contribuciones y el bajo promedio de edad de los autores conjugado con un muy satisfactorio tratamiento tanto de los métodos de investigación como de las formas de dar a conocer los resultados. También señalé la coincidencia de que los tres artículos de antropología social incluidos en el volumen estaban dedicados a una introspección de la propia disciplina (o sub-disciplina, como se prefiera considerar). Sin embargo, dejé constancia asimismo de algunos desacuerdos parciales fundados sobre mi experiencia personal de las épocas a que hicieron referencia uno de esos artículos y un comentario de otro. Deseo exponer aquí por escrito esos reparos con un poco más de extensión con la intención de soslayar la fugacidad de las palabras orales y, en la medida a mi alcance, evitar que la repetición de opiniones que no sean controvertidas consolide visiones sesgadas en desmedro de una evaluación más ajustada de lo que ocurrió.

\* \* \* \* \*

Considero muy bueno y necesario el artículo de Rosana Guber y Sergio Visacovsky "Controversias filiales: la imposibilidad genealógica de la antropología social de Buenos Aires". Me pareció muy apropiada la contraposición entre pautas genealógicas y generacionales en la búsqueda de la identidad de la disciplina. Conuerdo con la adscripción de la antropología social de Buenos Aires al segundo de esos modelos, de allí la historia de fracturas y exclusiones que los autores reseñan y que en alguna medida sigue gravitando hasta el momento presente.

Guber y Visacovsky fundan su análisis sobre la evocación de los treinta primeros años de la carrera de antropología de Buenos Aires efectuada en las *Jornadas* que organizó el Colegio de Graduados de Antropología en 1988. También esto es auspicioso, pues ese encuentro -además de revivir muchos datos de la historia menuda de la disciplina- dio lugar a reflexiones autocríticas y evaluaciones del mayor interés. Lamentablemente, pese a haber sido desgrabadas las intervenciones de los distintos panelistas y editadas con cuidado, el volumen no ha tenido circulación amplia. Guber y Visacovsky han hecho un buen trabajo al rescatar esas *Jornadas* del olvido, aunque como arqueólogo no puedo evitar un módico lamento por el hecho de que esa tarea haya quedado circunscripta sólo a la antropología social. No obstante, convengo en que, por su accidentado

desarrollo como disciplina "maldita" durante gran parte del período en consideración, la antropología social merecía esa recensión.

Sin embargo, por lo mismo que el artículo me parece bueno y probablemente se convierta en un texto de referencia y reflexión, creo imprescindible dejar constancia de algunas aclaraciones. Pido que no se las tome como críticas sino como aportes para obtener una mejor aproximación. No se trata de errores de Guber y Visacovsky, sino de sesgos en el material del cual se sirvieron como fuentes, a los que no pudieron eludir por la falta misma de otros antecedentes escritos. Sin embargo, los propios Guber y Visacovsky señalan (pág. 27) que los recuerdos vertidos en ocasión de las *Jornadas* no replican al pasado tal como fue, sino que deben ser tratados como ingredientes de un intento por definir la autoconciencia e identidad comunitarias. En el mismo volumen de *Relaciones*, Irina Podgorny recuerda (pág. 88) que las narrativas no deben ser consideradas "verdades literales".

Desde este punto de vista, el primer aspecto que deseo tratar es el relativo a la imagen de Osvaldo Menghin y del papel que cumplió en los comienzos de la carrera de antropología en Buenos Aires. Para el lector del artículo de Guber y Visacovsky, esa imagen se construye a partir de: a) la transcripción de palabras de María Rosa Neufeld (pág. 33) en las *Jornadas*; b) la relación que se invoca en la pág. 42 con el Holocausto; y c) la nota 90, que reseña brevemente y sin mayores precisiones el desempeño de Menghin como integrante del gabinete encabezado por Arthur Seyss-Inquart (no "Seis Enquart") en Austria en 1938. No es la primera vez que se señala esa actuación, ni fue la primera la presentación que hizo Daniel Hopen en 1965; hubo otras muchas ocasiones en que tal participación fue enrostrada a Menghin.

Osvaldo Menghin, en efecto, fue ministro de Educación de Austria entre el 11 de marzo y el 1º de mayo de 1938; fue miembro del gabinete encabezado por Seyss-Inquart que promovió el *Anchluss* o incorporación de Austria a Alemania como un estado regional más (en la organización política de nuestro país, como si fuera una provincia). No puedo ni quiero negar esos hechos, que son históricos e indubitables; tampoco Menghin lo negó nunca. Considero que esa participación fue un error mayúsculo y difícilmente perdonable de Menghin. El problema es analizar si, además de error político condenable, fue alguna otra cosa más. Aquí es donde pienso que se impone mayor cautela en búsqueda del juicio exacto.

La derrota y desintegración de los imperios centrales (Alemania y Austria) en 1918 implicó una grave desestabilización de sus habitantes por la pérdida de los referentes de orden y prestigio que aquellas estructuras políticas significaban. Ello se agravó por las calamidades económicas y turbulencias sociales que sobrevinieron. En Austria hubo inestabilidad política y se produjeron jornadas sangrientas como producto de alzamientos de inspiración tanto izquierdista como nazifascista; en uno de ellos, en 1934, hubo trescientos muertos. En pueblos fuertemente estructurados sobre las nociones de orden, estabilidad y jerarquía, esas perturbaciones sin duda produjeron creciente sensación de inseguridad.

Desde muchos años antes de que Hitler asumiera el poder en Alemania (1933), Austria recibía propaganda desde el norte tendiente a unificar ambos países como expresión pangermánica. Con Hitler, la presión aumentó; en 1934 el canciller (primer ministro) Dollfuss fue asesinado en sus oficinas por una banda armada nazi. En 1938, con el fin de impedir un plebiscito del que se esperaba un amplio apoyo a la postura independista del nuevo canciller Kurt Schuschnigg, Alemania envió un ultimátum, mientras Austria hervía en luchas callejeras; el presidente Miklos -que no era nazista- se vio obligado el 11 de marzo a nombrar primer ministro a Seyss-Inquart, que sí era nazi y que inmediatamente invitó a entrar a territorio austríaco al ejército alemán "en visita de amistad". La anexión fue convalidada por un plebiscito el 10 de abril, en el que el 99 % de los votos fue positivo (los judíos, por supuesto, no pudieron votar). Mayorías tan abrumadoras son siempre sospechosas y no sirven para indicar el estado de los deseos y las opiniones, pero sí quizá para traslucir un estado de ánimo.

Fue en esas circunstancias, cuando el gobierno austríaco que era en los papeles todavía

independiente, pero ya no lo era en la práctica, que Menghin (que había sido rector de la Universidad de Viena) aceptó desempeñarse como ministro de Instrucción Pública. El 1° de mayo, empero, Seyss-Inquart formó un nuevo gabinete y Menghin fue reemplazado.

Menghin siempre argumentó ante sus interlocutores en Buenos Aires que el gabinete encabezado por Seyss-Inquart entre el 11 de marzo y el 1° de mayo no era enteramente nacional-socialista sino de coalición, pues incluía también dos representantes de la derecha católica heredera de Dollfuss. Tácitamente daba a entender que él fue uno de ellos. Sin embargo, un despacho de la agencia informativa *United Press*, publicado el 12 de marzo en la pág. 7 del diario *La Prensa*, transcribió los nombres de los nuevos ministros y agregó: "Neumayer y Skobel no son partidarios nacional-socialistas. De los restantes, tres son simpatizantes de esta agrupación y siete son nazis". Otra información, ésta de *Associated Press* y aparecida en *La Nación* el 14 de marzo, lo confirma: al renunciar el segundo -aquí llamado Skubl- "el ministro de Hacienda Sr. Rudolf Neumayer es el único miembro del gabinete que no pertenece al nacional-socialismo". En consecuencia, de prestarse fe a esas noticias, Menghin entró al gobierno al menos como simpatizante del partido nacional-socialista y quizá como miembro.

No he tenido confianza suficiente con Menghin como para interrogarlo sobre sus motivaciones íntimas, pero puedo suponer que fue un pequeño burgués de formación católica desmoralizado por la inestabilidad posterior a 1918 y asustado por el avance del bolcheviquismo -como se decía entonces- y del materialismo ateo. Con esto no pretendo justificar a Menghin, sino sólo emitir una hipótesis explicativa de su actitud que sirva para evaluar su comportamiento. Ya se sabe qué opción suele adoptarse en tales circunstancias; en la Argentina de 1976 hubo muchos ejemplos. Sin embargo, esto no convierte automáticamente a una persona en criminal de guerra ni en racista. Menghin no fue ni lo uno ni lo otro.

En *Geist und Blut* ("Espíritu y sangre"), libro aparecido en 1934, Menghin disintió con el racismo ya por entonces rampante; su mención del "genio religioso del pueblo judío" mereció críticas en publicaciones nacionalsocialistas como *Volke und Rasse* 9(4): 210 y *Anthropologischer Anzeiger* XI. En 1941 su pensamiento a propósito de las razas fue objetado como similar a la postura católica que había sido enunciada por Pío XI (*Zeitgeschichte* 7: 13) y que el nazismo no aceptaba. Según parece, un tal prof. Reinert, catedrático en Berlín, habría sido un adversario particularmente enconado (cartas del Dr. M. John, del 1° de septiembre de 1946, y del Dr. Unverzagt, del 23 de octubre de 1946)<sup>1</sup>. Menghin me comentó haber sido hostigado por sostener que no sólo la "raza nórdica" sino también los pueblos mediterráneos habían hecho aportaciones importantes a la civilización.

No me queda claro si esas críticas a Menghin nacían sólo de posturas racistas a ultranza o si se orientaban más bien hacia su creencia en que la evolución había dado forma a la humanidad en sus aspectos biológicos, pero que la aparición del espíritu humano debió necesitar de una volición sobrenatural especial. En las primeras décadas del siglo XX, esa creencia era compartida por algunos investigadores (por ejemplo: Gusinde) que deseaban conciliar darwinismo con catolicismo. Si bien esto desvinculaba la cultura de la raza, tal postura por supuesto hoy encuentra pocos o ningún adherente (yo en particular nunca fui uno de ellos). Sin embargo, sea por el motivo que sea, es evidente que las ideas de Menghin no eran vistas con simpatía en la Alemania nacionalsocialista.

Menghin fue ministro de Educación de Austria sólo cincuenta días. En un lapso así, lo que se puede hacer es poco o mucho. Por entonces se adoptaron en Austria las leyes raciales del Tercer Reich que excluían a los judíos de las universidades, sea como profesores, sea como estudiantes. Por otra parte, Menghin no pudo desconocer que el gobierno del que formaba parte toleró y alentó los desmanes contra la población judía (prolijamente relatados por *La Nación* en los días posteriores al 12 de marzo) con que los partidarios del nacional-socialismo festejaron la anexión. Sin embargo, Menghin dictó una resolución por la que los alumnos judíos que estuvieran por finalizar sus carreras disponían todavía de un semestre para hacerlo. Según el testimonio del ex

profesor de la Universidad de Viena Dr. F. Knoll, esa medida permitió que "varios centenares" de estudiantes judíos pudieran marchar al exilio con un título universitario bajo el brazo, lo que facilitó su supervivencia en los países que los recibieron (carta del 10 de agosto de 1947). La cifra de "varios centenares" de beneficiados es sin duda baja frente a la de quienes quedaron excluidos, e ínfima frente a lo que vino después, pero fue algo ..., algo que indica que Menghin no era un agente fanático del racismo germano. Otras cartas dan cuenta del agradecimiento de personas que se autoidentificaron como judías por intercesiones que hizo Menghin para mitigar esa irracional proscripción.

No lo dicen Guber y Visacovsky, pero varias veces se ha afirmado que fue Menghin quien expulsó a Sigmund Freud de la Universidad de Viena. Menghin siempre juró y perjuró que la medida no fue tomada por él sino por una comisión que dependía del ministerio del Interior, en la que el ministerio de Educación no tenía influencia. En su momento, ese descargo no me parecía válido: de no haber autonomía universitaria, quien debería haber tenido ingerencia en el nombramiento y la remoción de profesores universitarios no podía ser otro que el ministro de Educación... Sin embargo, la posterior experiencia de ver a Harguindeguy y Massera adoptar decisiones y consumar hechos sin respeto alguno por las jurisdicciones formales me llevó a prestar más crédito a aquella disculpa. En todo caso, dejó abierta la duda hasta que un examen de documentos fehacientes -no sé si aun será posible- determine si Menghin firmó o no esa destitución.

De todos modos, el hecho de que Menghin haya quedado fuera del gobierno el 1° de mayo, luego de sólo cincuenta días de desempeño como ministro, indica que las autoridades nacionalsocialistas no lo consideraron un ejecutor muy convencido o confiable de sus políticas. Otras cartas testimonian que en años tanto anteriores como posteriores Menghin expresaba en privado su preocupación por la marcha de las cosas, sin intento alguno de defender al régimen y manifestando su desacuerdo con la persecución étnica. Terminada la guerra, Menghin estuvo varios meses recluido en un campo de concentración como paso previo a un eventual sometimiento a los tribunales de desnazificación, pero fue liberado por las autoridades militares norteamericanas debido a que ninguna incriminación fue presentada en su contra como consecuencia de conductas objetables. Con esa certificación Menghin pudo obtener su jubilación del Estado austríaco, la que percibió hasta su muerte en 1973 (Seyss-Inquart, por el contrario, fue juzgado en Nuremberg, condenado y ejecutado en octubre de 1946). Posiblemente sea oportuno recordar aquí otra circunstancia nunca mencionada: el 1° de julio de 1946 el libro fundamental de Menghin, *Historia Mundial de la Edad de Piedra*, fue incluido entre las doce obras de prehistoria recomendables para las escuelas de Alemania Oriental; como bien es sabido, por entonces la zona oriental de Alemania estaba bajo directa administración militar soviética. Es decir: contra Menghin no hubo imputaciones personales ni doctrinarias. Con esos antecedentes, seguir presentándolo como un activo personero del nazifacismo es pretender ser más papista que el Papa.

Por supuesto, no exculpo a Menghin por entero; reitero que considero su aceptación del cargo de ministro en 1938 un error personal terrible e insoslayable. La actuación académica de una persona no puede ser escindida de su actuación cívica. Pero por un lado valoremos la contumacia en el error (que no la hubo) y el grado de compromiso; por otro, cuando el tema que se está tratando es la influencia de una persona sobre una institución académica, igualmente malo es juzgar su pasado cívico sin atender a su comportamiento académico. En este aspecto, somos muchos los que recordamos a Menghin como un profesor afable, predispuesto a atender a los alumnos, responsable en el dictado de su cátedra, benevolente en los momentos de examen, nada autoritario e investigador infatigable. No han llegado a mis oídos episodios en los que se le pueda achacar intención persecutoria. En sus clases enseñaba que la organización étnica tiene mucho que ver con la lingüística, pero que no es determinada por los factores raciales.

Según información que me transmitió verbalmente el Dr. Ciro René Lafon, Imbelloni no conocía personalmente a Menghin antes de que éste llegara a la Argentina. Quien los puso en contacto fue Adolfo Güemes, funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores que intervino en



los trámites de migración de Menghin. Siempre según el Dr. Lafon, fue entonces que surgió en Imbelloni la idea de contratar a Menghin y en ello no primaron las razones políticas o ideológicas: el propósito fue aprovechar la presencia de un prehistoriador de renombre mundial para acallar de una vez por todas las desaforadas pretensiones de los neoameghinianos (Vignati, Frenguelli), que seguían asignando a los hallazgos de Miramar antigüedades de millones de años.

También en el ámbito académico Menghin cometió errores y propuso ideas aventuradas. Algunas de ellas -los ciclos culturales del mixoneolítico, la vinculación del mesolítico norafricano con pueblos pigmeos- pueden ser hoy hasta tema de humoradas. Sin embargo, ¿qué ocurrirá dentro de cincuenta años con lo que hoy pensamos nosotros? En Patagonia, Menghin cumplió una labor fundacional: produjo un enorme progreso respecto de la situación en que anteriormente estaba la arqueología del área, si bien nada se acepta hoy de su pretendido Epiprotolítico (por otra parte, a menudo mal entendido y por lo tanto mal criticado); la secuencia Toldense-Casapedrense-Patagoniense todavía se mantiene relativamente enhiesta, pero no sé por cuanto tiempo más. Esta demolición de su construcción ha sido obra de varias personas, entre las cuales creo contarme; sin embargo, rescato un aspecto que considero importante. Entre la tercera y la sexta décadas del siglo XX, la prehistoria mundial era vista como un desarrollo casi unilineal ocurrido sucesivamente en Cercano Oriente, el Mediterráneo y Europa occidental; todo el resto del planeta permanecía en una penumbra pasiva. Aunque Menghin era difusionista, la nota 38 de Guber y Visacovsky no refleja bien su pensamiento: en la concepción menghiniana de la prehistoria, también otras áreas -China, Indochina, Africa subsahariana- habían efectuado aportaciones individuales originales, desarrolladas paralelamente durante tiempos prolongados hasta que terminaron fusionándose en la Civilización urbana y letrada. La prehistoria universal, por lo tanto, fue presentada como una empresa colectiva, de senderos heterogéneos y no unipolar. Aunque de la superestructura con que Menghin plasmó esa concepción de 1931 apenas queden escombros (en el mejor de los casos), estimo que esa piedra fundamental merece ser objeto de reflexión.

No es mi intención defender un régimen político que abomino, ni deslizar duda alguna sobre la realidad de los crímenes que cometió; sólo procuro calibrar el grado de compromiso que tuvo una persona individual, y en este aspecto juzgo necesario evaluar la intensidad de los grises. No sé si Menghin es culpable en un 25 %, en un 50 % o en un 75 %; supongo que las opiniones han de variar bastante. Pero no lo fue en un 100 % y la diferencia debe ser dejada a salvo: por respeto a la verdad histórica y para eliminar distorsiones en la forma que la visión que el presente se forma de sí mismo a través de la visión del pasado. Sentí que mi conciencia imponía consignar por escrito esta información y esta valoración; para que cada cual pueda formar opinión propia, es necesario que cuente con todos los datos, tanto los incriminantes como los atenuantes y los exculpatorios. Dejar sin respuesta la repetición de opiniones sesgadas podría hacer creer a futuros lectores que fue verdad que en la Universidad de Buenos Aires estuvo agazapado un émulo de Eichman, de Skorzeny o de Mengele que habría llegado hasta aquí buscando protección contra sus delitos (como sí lo hicieron otros en esa época) y que malformó malignamente con doctrinas perversas el intelecto de sus educandos. Esto no es lo que ocurrió.

\* \* \* \* \*

El artículo de Guber y Visacovsky me sugiere la conveniencia de otras dos acotaciones. La primera es que el conflicto generacional en la antropología social, tal como yo lo vi, fue más complejo que lo presentado. No se produjo sólo entre los estudiantes y los profesores; también hubo un enfrentamiento entre los primeros ingresantes a la carrera y los que llegaron ocho o diez años después, agrupados estos últimos bajo el lema de las "cátedras nacionales". Unos y otros se hermanaban en el común repudio a la etnología bormidiana; en 1973-1974 convivieron gracias a las dotes diplomáticas de Hugo Ratier. Sin embargo, antes de esas fechas presencié enconadas discrepancias. Estas pasaban por lo teórico -por el enfrentamiento entre el universalismo marxista

de varios integrantes de la primera generación y el nacionalismo inspirado en Hernández Arregui que unificaba al otro grupo- pero también era una competencia en la que la segunda cohorte no reconocía a la primera privilegio de antigüedad para asumir la conducción del movimiento de rebeldía y transmitir su verdad.

La otra acotación surge de la alusión de Guber y Visacovsky al supuesto separatismo de los estudiantes de Antropología frente al resto de la Facultad (pág. 31). Siguiendo palabras de Herrán en las *Jornadas*, se la presenta como evasión ante los problemas de la sociedad nacional. De esto se deduce que el "claustro conventual" del Museo Etnográfico conspiraba contra la integración estudiantil.

No me cabe duda de que muchos de esos primeros estudiantes de antropología interesados por los aspectos sociales sentían sinceramente la necesidad de integrarse con otras carreras para poder realizar una acción política más eficaz. A tal fin pidieron el traslado de clases y trabajos prácticos a la sede común de Independencia 3065, tema que fue tratado en una asamblea (mencionada marginalmente por Herrán en la pág. 24 de las *Jornadas*). Lo que no se dice es que en esa asamblea triunfó por margen bastante amplio la negativa. Los motivos de esa postura del estudiantado de antropología fueron varias. Hubo, por supuesto, un grupo que se complacía en el aislamiento por el aislamiento en sí. Pero en la mayoría la motivación no fue el afecto sensiblero por el Museo y su "magia" particular. Queríamos que nuestra identidad como estudiantes de antropología no se desdibujara en la masificada sede de Independencia, temíamos perder el contacto directo y sin sujeción a horarios con los profesores, no queríamos alejarnos de la biblioteca en torno de la cual -en una época anterior a la difusión de las fotocopias- giraba intensamente nuestra vida como estudiantes. En cuanto a los que nos orientábamos hacia la arqueología, había una motivación más: la arqueología no puede -no debe- ser aprendida sin contacto directo con los materiales. En aquella época, los trabajos prácticos incluían manejo de piezas arqueológicas y etnográficas o, al menos, visión directa de ellas; el traslado lo habría hecho imposible.

Es irónico que quien impulsó luego el traslado de clases y trabajos prácticos a otra sede -si bien por motivos muy diferentes a los que movían a los primeros estudiantes de antropología social- haya sido un conspicuo integrante del "claustro conventual": el Dr. Marcelo Bórmida. Hacia 1968 ó 1969 se volvió a agitar el tema; en tal oportunidad me tocó en suerte entrevistar, junto con Miguel Bartolomé, María Teresa Boschín y otro estudiante cuyo nombre lamentablemente olvidé, al entonces decano o interventor en la Facultad, el Dr. Angel Castellán. Para nuestra sorpresa, Castellán nos comunicó que estaba por disponer el traslado porque Bórmida le había informado que constituía un clamor de los alumnos (palabras más o menos textuales). Al transmitirle nuestro pedido adverso, la decisión no fue tomada. Tiempo después, empero, Bórmida insistió y lo logró con otro decano (o interventor). Como señalé en las *Jornadas*, clases y trabajos prácticos de arqueología debieron darse en un bastante sórdido local de Independencia al 2000, casi como si fuera un curso por correspondencia pues no había contacto posible con los materiales; en el Museo Etnográfico, un candado impidió que el profesor de la asignatura, Dr. Lafon, y nosotros sus ayudantes pudiéramos entrar al depósito. En 1973, una de las primeras medidas por la Junta integrada por Palermo, Sala y Depersia consistió en reabrir el Museo y sus depósitos a los estudiantes; clases y trabajos prácticos de arqueología volvieron a incluir presencia y manejo de los materiales. Duró poco: en octubre de 1974 Sánchez Albornoz clausuró de nuevo el Museo, a cal y canto; hasta para usar la biblioteca fue necesario un permiso especial...

\* \* \* \* \*

Por último, quiero señalar mi alarma ante un párrafo que sin embargo creo que no refleja la verdadera intención de su autor. El también muy interesante artículo de Cecilia Hidalgo recibió tres comentarios, según la saludable práctica puesta en funcionamiento por *Relaciones*. En uno de esos comentarios se lee: "Quienes practicaron una etnología de corte colonialista exclusivamente sobre

indígenas, o cierto folklore pintoresquista, fueron los personeros de las dictaduras que tanto persiguieron a nuestra ciencia en el país" (pág. 91). La previa referencia a la generación del autor ubica los destinatarios de ese párrafo en los años posteriores a 1958.

Diferenciamos la descripción y la implicancia o equivalencia adosada a ella. La primera es aplicable a investigadores como Palavecino -que estudiaba sólo los indígenas del Chaco- o Cortazar -al que se puede atribuir cierto regodeo en lo pintoresco de prácticas tradicionales-, por no nombrar a otros. Podría yo, aunque a regañadientes, aceptar que reflejaban una antropología colonialista en cuanto adoptaban un poco la actitud de un entomólogo que se distancia de su objeto de estudio. Pero implicar, aun tácitamente, que Palavecino o Cortazar fueron personeros de alguna dictadura me parece injusto. Muy injusto. Es indudable que otros lo fueron, pero no es válido generalizarlo.

Conozco y aprecio lo suficiente a Hugo Ratier como para pensar que se trata de una redacción desafortunada, perjudicada por el apasionamiento o el apresuramiento. El equilibrio y el tacto que siempre ha exhibido lo distancian de tal tipo de generalizaciones. Sin embargo, también en este caso mi conciencia me impone dejar sentada por escrito mi alarma, como lo hice el día de la presentación del tomo de *Relaciones*. No vaya a ser el caso que alguien extraiga de la literalidad de ese párrafo conclusiones que tal literalidad autoriza, pero que se apartarían mucho de lo que fue la realidad.

Buenos Aires, 11 de julio de 1999

#### NOTA

<sup>1</sup> De los documentos que menciono tengo en mi poder fotocopias autenticadas en su fidelidad por escribano público. Si bien la calidad de las fotocopias de hace 35 años no permite su reproducción impresa, están a disposición de quien desee examinarlas.